

BA JIN: ESCRITOR ANARQUISTA

Traducción del chino, de
JOHN PAGE
El Colegio de México

Introducción

TRUENO liga la segunda y la tercera parte de la trilogía *Amor* escrita por Ba Jin en los años 1931 a 1933. Aunque más corta que las otras es parte integral de la obra y representativa de una tónica constante en toda la producción de Ba Jin: el anarquismo libertario, revolucionario, romántico y emocional. Olga Lang califica la trilogía como "la aportación más importante de Ba Jin a la historia de los jóvenes intelectuales revolucionarios chinos en el período Kuomintang de pre-guerra".¹

Explícitamente anarquistas son las referencias a Emma Goldman, Sophia Perovskaia y su amante Andrei Zheliabov. Estos últimos, directivos del partido Narodnoye Volye [La voluntad del pueblo] participaron en el asesinato del Tsar Alejandro II, el primero de marzo de 1881, y fueron ajusticiados poco después. El autor los presenta en el cuento a través de la estudiante revolucionaria Hui, como ejemplos de compromiso y firmeza revolucionarios no menguados por una intensa relación amorosa. Éste es el punto central del cuento y presente en toda la trilogía, ligada a la necesidad de la acción directa y constante como única garantía del éxito de la revolución.

Los dos amantes de Hui, Min y De, protagonizan posturas opuestas. Min admite la relación íntima al lado de su actividad revolucionaria, De cede a ella en contra de su convicción que la revolución no admite semejantes enlaces, sino que el individuo debe dedicar todo su tiempo y esfuerzo

¹ Lang, Olga, *Pa Chin and his writings*, Harvard, 1967, p. 171.

a la lucha. Hui enarbola también la bandera de la liberación femenina, citando las memorias de Emma Goldman, para seducir a De. Éste, igual que el mismo Ba Jin, reconoce a Emma Goldman como una madre espiritual, teniendo un retrato de ella, colgado en la pared. Sin embargo, De repudia las razones de Hui en el sentido de que a pesar de revolucionarios siguen siendo jóvenes y con el derecho a la vida y al amor y que ella, como mujer, tiene la necesidad de amar y ser amada. El repudio de De, es a la vez el rechazo a la mujer en la lucha revolucionaria precisamente por su sentimentalismo.

El anarquismo libertario de Ba Jin le causó problemas después de 1949. Tuvo que hacer varias autocríticas y una revisión de toda su obra literaria, quitando para la edición de 1958 la gran mayoría de las referencias anarquistas, o bien calificándolas de simplemente revolucionarias. Su pseudónimo, compuesto por la primera sílaba de la transliteración china de Bakunin y la última de la de Kropotkin, ahora se explica como el apellido de un estudiante chino que conoció en Francia y, aunque reconoce que el *jin* viene de la última sílaba de Kropotkin, lo atribuye a la simple casualidad de que había una obra de éste sobre su escritorio cuando un amigo le sugirió que combinaría bien con Ba.²

No obstante sus antecedentes anarquistas, su intensa dedicación a la revolución china, evidente en toda su obra y que lo hizo uno de los escritores más leídos por las generaciones jóvenes de la época republicana, le ganó aceptación y reconocimiento oficial después de 1949.

En *Trueno* el régimen Kuomintang no se menciona específicamente, pero los estudiantes revolucionarios operan en la clandestinidad y es la autoridad, representada por los soldados, quien mata a De y busca a sus cómplices exponiendo el cadáver como señuelo. Como eco de su novela *La familia* la estudiante Ying expresa el dilema de rebelarse contra la disciplina y las tradiciones familiares. Su padre le prohíbe seguir estudiando y le exige que regrese a casa para casarse.

² Lang, *op. cit.*, pp. 269-270.

Ying no se siente con fuerza para resistir. De, el trueno del cuento, la anima para seguir luchando, exasperado por la lentitud de la revolución.

Igual que Ba Jin evita identificar como el enemigo al régimen Kuomintang tampoco precisa el contenido de los documentos, asambleas, manifiestos e informes revolucionarios que preparan y escuchan sus personajes. Sólo especifica el efecto de estas actividades en ellos, las emociones y la tensión creadas. Dibuja el ambiente de clandestinidad a través de escenas solitarias y oscuras, reuniones nocturnas en casas remotas de barrios poco transitados. La culminación de las relaciones afectivas entre Min, De, Hui y Ying es el sacrificio de la vida de De en bien del movimiento, representado por los documentos que lleva Min, y de Min mismo el amigo y camarada. Este acto, repetido por otros personajes de *Amor*, remite al lector de nuevo a los grandes actos directos de sacrificio personal del anarquismo, de las Perovskaia y los Zheliabov.

Trueno

BA JIN

1

A lo largo de una calle silenciosa había varias casas viejas y deshabitadas y algunos árboles. La calle era estrecha y estaba empedrada con baldosas entre cuyas junturas crecía la hierba.

No había faroles, las puertas de todas las casas estaban cerradas. Era cerca de la medianoche y la oscuridad era impenetrable. Nadie transitaba por la calle; fuera del viento que soplaba agitando las hojas de los árboles, no se oía ruido alguno. Todo parecía dormir.

De repente surgió de la oscuridad un ruido sordo, se abrió la puerta de una casa, y desde adentro se proyectó una luz. Salió la sombra de un hombre, seguido de otro, y luego de dos, tres...

“¿Min, te llevaste el proyecto?”, preguntó un susurro desde la casa.

El joven llamado Min estaba por atravesar el umbral de la puerta; volvió la cabeza y contestó: “me lo llevo”. Enseguida salió a grandes pasos de la vieja casa. En la mano derecha llevaba una antorcha que, aunque daba poca luz, le iluminaba la cara. Tenía alrededor de veinte años, y los ojos muy brillantes.

La puerta se cerró. Habían salido a la calle más de diez personas. Sobre el empedrado se oían los pesados y monótonos pasos que resonaban en la noche.

Las ráfagas de viento hacían flamear y chisporrotear la antorcha, y las chispas a veces flotaban hacia el suelo. La calle oscura parecía estremecerse a la luz de sus tenues rayos. Los jóvenes caminaban pisando fuerte. Dieron vuelta a otra calle sin hablar. Sólo se escuchaba el ruido del viento entre las hojas. Avanzaban en grupos de dos o tres personas, con algunos pasos de distancia entre cada grupo. Después entraron a una calle relativamente ancha, separándose todos.

El último grupo estaba formado por tres personas. Además de Min, lo integraban un muchacho alto y delgado y una joven de mediana estatura.

“Min, ¿por qué no dicen nada?”, preguntó impaciente la joven, viendo a Min tirar la antorcha que estaba por consumirse y apagarla a pisotones, todavía sin contestar palabra. Al mismo tiempo suspiró, como si la luz de los faroles de ambos lados de la calle la tranquilizaran un poco.

“Como no tenemos qué decir, no hay necesidad de abrir la boca. ¿Quién habla tanto como tú?”, interpeló el muchacho delgado, en actitud bastante grosera. Tendría escasos veinte y tantos años de edad, como la joven.

“De, no hablaba contigo, y no te permito interrumpirme”, respondió la joven con un gesto enfurecido al muchacho llamado De. Volvió la cabeza para mirar a Min, quien sonreía a su lado y le dijo: “La actitud de De siempre es tan grosera que yo creo que no está bien y tendrá que cambiar”.

“Se me ocurre una comparación. De es como un trueno,

comienza fuerte, hasta terrible, pero pasado el momento, no queda nada”, dijo la joven soltando la risa.

“Ten cuidado, Hui. No vaya a ser que un día ese trueno caiga sobre tu cabeza”. La actitud de De al decir esto era seria y enojada. Sus amigos, sabiendo que se enojaba fácilmente, lo provocaban a menudo aunque sólo fuera de palabra.

“No me asustaría viendo cómo se descargarían tus truenos sobre mi cabeza. Nunca pasas de acusar a las mujeres de no ser revolucionarias”, contestó Hui satisfecha, y todavía con tono burlón.

De no chistó. Sumido en una furia callada, pisaba con fuerza las baldosas. Alzó la cabeza y miró al cielo. Estaba oscuro, sin estrellas; parecía un mar sin olas, pacífico y silencioso y no había ningún indicio de tormenta. Su corazón palpité violentamente.

“Hui, no discutas con De, apenas se juntan y nadie puede evitar que se peleen. Déjalo un poco en paz, todavía tiene trabajo que hacer al llegar a casa. Quiero discutir con él las correcciones al proyecto”, dijo Min llanamente.

“El proyecto, siempre hablas del proyecto, Min, eres igual que De. Tampoco crees que hay otra cosa en el mundo fuera del proyecto. Ninguno de los dos parece joven”, dijo Hui excitada, y de repente se sonrojó, pero los muchachos no se dieron cuenta. Ambos pensaban en sus propios asuntos.

“La psicología de ustedes las mujeres es de veras rara, ¿no estabas tú hace poco discutiendo el proyecto con entusiasmo?” Min terminó de decir esto y cambió el tema.

“Hui, te vamos a acompañar a tu casa”, porque en ese momento habían llegado a la entrada de la casa de Min.

“No pienso volver, ya es tan tarde que temo no haya quien me abra”, dijo Hui volteando repentinamente y mirando a Min, la voz llena de impaciencia. Temía volver a su casa solitaria.

“Pues no regreses...”, dijo Min, dudando, evidentemente incómodo, “los tres nos apretaremos un poco”.

Hui nada objetó. Min fue a llamar a la puerta, y no obtuvo contestación hasta que tocó varias veces. Los tres

esperaron en los escalones de piedra, callados, cada uno con sus pensamientos.

Se abrió la puerta y apareció una cara de hombre con una lámpara de petróleo. "Volvieron". Desde adentro salía la voz de un joven que parecía hablar entre sueños.

Min entró primero, seguido por Hui; cuando le tocó el turno a De, todavía con tono firme avisó: "Me voy a dormir a la escuela", y dio la vuelta para irse.

"Si vas a la escuela a esta hora, tampoco va a ser fácil que te abran la puerta. ¡Todavía tenemos que hacer esta noche, no te puedes ir!" Min miraba sorprendido a De y trataba de detenerlo con estas palabras.

"Vuelvo mañana por la mañana": La cara de De se puso más sombría. No dijo más y partió a grandes zancadas. Se fue tan rápido que parecía temer que alguien lo alcanzara para hacerlo volver. Min, parado en la puerta, lo miraba desaparecer tragado por la oscuridad. Sólo el ruido de esos pesados pasos llegaba a sus oídos.

Llevándose una impresión incómoda, Min cerró la puerta. Se dio vuelta y alcanzó a ver una expresión rara en la cara de Hui, iluminada por los rayos de la lámpara que llevaba el joven.

Entraron al cuarto, el joven les hizo algunas preguntas, y dejándoles la lámpara se fue a dormir.

Min y Hui se sentaron. No estaban cansados, sino excitados. Ninguno de los dos pensaba en dormir. Algo se había posesionado de sus pensamientos.

"Algo raro le pasa a De. Ya estábamos de acuerdo en terminar el proyecto esta noche y aún así se fue a dormir a la escuela". Min parecía quejarse y a la vez hablar consigo mismo.

"Tal vez sea porque me quedé aquí", sugirió Hui, haciendo un esfuerzo para demostrar calma, pero revelando la misma excitación.

"Tal vez...", contestó Min dudoso, y se puso a reflexionar.

"Esta noche se fue adrede. Después tendrá por qué bur-

larse de nosotros". Al decir "nosotros", le subió el tono de voz.

Min no contestó, se quedó mirando vagamente la tenue luz de la lámpara. Después de un rato, intempestivamente se levantó y caminó hacia la mesa; rascándose la cabeza, dijo con esfuerzo: "Hui, nosotros vinimos ahora a terminar el proyecto y no necesitamos esperar a De, basta enseñárselo mañana". Sacó un rollo de papeles de su camisa y lo puso en la mesa.

Hui frunció ligeramente sus delicadas cejas y miró a Min sentarse en silencio, extender los papeles y empezar a leer en voz baja. Min se había sentado frente a ella y bajó la cabeza completamente como si le diera miedo mirarla. Ella reconoció la maniobra y sin decir nada sonrió con desprecio.

Todo estaba en silencio, pero Min levantó la cabeza para mirarla, y callado volvió a bajar la vista. No pensaba más que en los papeles que tenía enfrente, pero le temblaba un poco la voz.

El silencio aumentó la excitación de Hui, que por fin abrió la boca con impaciencia y soltó un "Min". Min pareció no haberla oído y ella lo volvió a llamar.

Min suspendió su trabajo y levantó la cabeza para mirarla. Le temblaba la mirada, sabía que ella seguramente tenía algo fuera de lo común que decirle.

"Guarda tu proyecto. ¿Por qué en una noche como esta de primavera, lo sacas para mortificarte?", dijo excitada, con la cara sonrojada y los ojos llameantes.

"¿No es el proyecto algo muy importante? ¡Tendremos que presentarlo mañana en la noche, cuando empiece la reunión!" Min parecía entender que buscaba discutir. Además, sabía que sus propias fuerzas estaban debilitadas y apresuradamente quería defenderse con estas razones.

"El proyecto es asunto de mañana en la noche. ¿No te parece que mucho tiempo separa esta noche de la de mañana? Mañana por la mañana, tal vez, dejaremos este mundo. ¿Por qué no debemos pensar esta noche en otras cosas, en cosas personales?... Min...", dijo arguyendo acaloradamente. Su voz tenía esa fuerza irresistible, que adquiere toda

voz de mujer cuando está poseída por la pasión, resultando temible. Después su voz se suavizó. Extendió una mano, tomó los papeles y los guardó en el seno.

"Hui, no bromees, estábamos hablando en serio. Devuélveme el proyecto". Min se incorporó incómodo. "Te entiendo. Esto no puede ser. No debemos pensar en cosas personales".

"Sin embargo, sabrás que las mujeres no solamente vivimos de proyectos. Ustedes se pueden enterrar todo el día haciéndolos. Nosotras no, nosotras todavía exigimos otras cosas". Hui discutía obstinada y enérgicamente.

"Pero Sofía..." Min continuaba penosamente, pero Hui tomó sus palabras y las repitió, "Sofía, su ideal, no tienen más que Sofía. ¿No tenía Sofía su Zheliabov? ¿Qué mujer no necesita del amor de un hombre?" Era muy inteligente, veía en su cara que sus palabras ya habían hecho algún efecto y acosaba a su enemigo, vencedora.

"No es de extrañarse que De a menudo hable mal de las mujeres", dijo Min con una sonrisa. Quería encubrir su propia excitación. "Estamos rodeados de llanto y lamentos ¿y todavía ustedes piensan en el amor? Sólo las mujeres son capaces de semejante cosa". Dijo todo esto sin pensarlo realmente.

"Otra vez tomaste las palabras de De. De hecho es muy natural. La vida no es sólo dar, también hay que recibir. Ya que nosotras poseemos este instinto, naturalmente tenemos el derecho también. ¿Por qué debemos sacrificarlo? Dicen que el revolucionario ha de ser como un árbol seco ¡es una pedantería!" Hui continuaba hablando con una sonrisa que cubría su cara sonrojada por la excitación.

Min, atónito, miró largo rato a Hui. La expresión de su cara cambiaba rápidamente, mientras se perdía en toda clase de pensamientos. En seguida tomó una decisión y le dijo: "Tal vez tengas razón. No voy a discutir contigo. Por ahora tampoco quiero que me devuelvas el proyecto, voy a dormir arriba con Ming. Duerme bien, mañana hablaremos", agregó excitado, y sin atreverse a echar otra mirada a Hui, salió precipitadamente.

Hui no hizo nada para detenerlo, ni siquiera se puso de pie, sólo dijo con una sonrisa fría: "Sabía que no tendrías el valor". Su expresión contenía desprecio.

Min había traspasado la puerta del cuarto, cuando la oyó y regresó. Traía la expresión nublada. Sólo veía su cara blanca medio cubierta de abundante pelo negro. Se quedó parado un rato, y como atraído por alguna fuerza caminó hasta quedar frente a ella y extendió las manos.

No había más discusión entre ellos. La exaltación parecía un cinturón que los ataba. Se encendió hasta parecer un fuego violento que consumía todo alrededor e iluminaba la oscuridad.

La noche empezaba lentamente a clarear.

2

La tarde del día siguiente, Min llevaba el proyecto revisado para enseñárselo a De, y lo encontró en la escuela. Al ver a Min lo primero que le dijo fue: "¿Qué pasó anoche?"

Min se sonrojó, sin encontrar, de inmediato, qué responder y hasta después de un momento cambió de tema. De no se dio cuenta, y sólo continuó: "¿Por qué no viniste hoy en la mañana? Te esperé mucho tiempo".

Min encontró fácilmente una explicación aunque todavía veía la imagen de Hui ante sus ojos.

Siguiendo a De, Min entró en la pequeña habitación donde vivía aquél. Una cama de madera, una mesa rota, un montón de libros viejos y dos banquillos redondos eran todo el mobiliario del cuarto.

"¿A qué horas salió Hui hoy por la mañana?", preguntó De, mientras discutían el proyecto.

Min titubeó un instante y contestó: "A las ocho".

"No lo creo", dijo De sospechoso.

"No tengo por qué engañarte", respondió Min seriamente, sonrojándose un poco.

Después de algunos momentos, De volvió a dejar el proyecto y bajando la cara dijo a Min:

“Min, ten cuidado, Hui es terrible, no te vaya a engañar”.

Forzado, Min contestó gravemente: “No tengo otra cosa que ver con ella, ¿a propósito de qué lo dices? ¿Por qué te fuiste así, anoche?” Como antes, tenía ante sus ojos la imagen de Hui.

“No la deberías haber dejado dormir en tu casa anoche por ningún motivo”, dijo De sonriendo.

Los dos continuaron discutiendo el proyecto, lo que no requirió mucho tiempo. Hasta que Hui llegó acompañada de una estudiante llamada Ying.

“Una pregunta, Hui: ¿a qué hora volviste a tu casa esta mañana?” Mirando a Hui, recogió el proyecto mientras hacía la pregunta.

“A las diez”, dijo Hui sin pensarlo y de manera natural. Min la miraba alarmado, pensó interrumpirla, pero ya era tarde y se le encendió la cara rápidamente.

De bajó la cara en silencio, se levantó y salió, dando la impresión de no haberse fijado en la respuesta de Hui.

“Nosotras llegamos y tú te vas, ¿por qué?”, preguntó Hui sonriendo. De repente su cara cambió de expresión.

“Tengo que hacer, no me queda tiempo para divertirme con ustedes”, contestó bruscamente y echó a andar.

“Pero Ying tiene algo que decirte, vino corriendo especialmente a verte”. Hui salió llamando a De y al mismo tiempo Ying también atravesó la puerta. De se detuvo, miró a Ying y preguntó: “¿Qué cosa?”

“Ya terminé de leer los libros que me prestaste y pienso pedirte otros”. La actitud de Ying era la de una muchacha recatada. En sus labios había una sonrisa tímida.

“Mañana te los llevo... ¿entendiste todo lo que hay en esos libros?”, dijo sonriendo.

“En general los entendí, hubo algunas partes que no, pero ella ya me las explicó”, dijo volviendo la cabeza hacia Hui.

“Está bien”, continuó simplemente. Inclino la cabeza una vez, y dando la vuelta se fue. Rápidamente entró en otro cuarto.

Al salir del cuarto Min le dio una leve palmada a Hui en el hombro y en voz baja le dijo: "Tengo que hablar contigo". En seguida los dos abandonaron a Ying.

Alrededor de una hora después De dio por terminado el proyecto. Se dirigió a su propio cuarto, empujó la puerta, entró y vio a Ying. Sorprendido dijo: "¿Todavía no te vas? ¡Estás sola! ¿Adónde se fueron?"

"Te estoy esperando", contestó Ying como si tuviera miedo. "Tengo un problema". Parecían amontonarse unas nubes negras en su cara ovalada. Sus cejas se juntaron arrugadas y su expresión se hizo lastimera, distinta de como era antes.

"¿Qué cosa?" La voz de De se volvió amable.

"Mi padre no me deja seguir estudiando, quiere que vuelva a casa para casarme", dijo con voz pesada y deprimida, poniéndose de pie. "Visto así, todo se acabó", dijo, como si fuera a llorar.

De momento De no encontró nada que decir. Pero sintió una emoción extraña crecer en su interior. Él mismo no distinguía si era compasión, lástima u otra cosa. Se sentía incómodo.

"De veras no quiero volver a mi casa, no quiero..." Iba a seguir diciendo no quiero, pero como la tristeza la agobiaba, bajó la cabeza para que no le viera la cara y se mordió los labios con fuerza.

"No vuelvas, ¡decididamente no vuelvas!", dijo irritado sintiéndose muy a disgusto. "Este sufrir no tiene fin. ¡Somos demasiado lentos!" Empezó a caminar a grandes pasos por la habitación, que como era muy pequeña lo retenía como si estuviera enjaulado.

"Hui me aconseja que resista, pero no tengo fuerzas, todavía quiero a mi madre..." Yin siguió quejándose. Su voz era tan tenue como una telaraña. En ese momento aparentemente estaba indecisa.

En el patio, los niños de escuela hacían un barullo alegre afuera de la ventana y sus voces agudas, volando en el aire primaveral, entraban al cuarto y aumentaban la tristeza de Ying y De.

De se puso lívido y se le inyectaron los ojos, sentía que el cuarto se le caía encima, oprimiendo únicamente su cuerpo con una presión que no lo dejaba moverse. Agitaba el cuerpo violentamente y cerrando el puño lo descargó en la mesa gritando: "¡Definitivamente no vuelvas, nosotros tenemos una solución!"

Ying, sorprendida, alzó la cabeza para mirarlo, sin saber, después de todo, cuál era su intención. Sólo después de un rato aventuró tímidamente: "Hui me dijo que me cambiara a su casa; me aconsejó que no me quedara en la escuela".

"También es una solución", continuó De, "de cualquier manera, definitivamente te vamos a ayudar".

"Pero, mi madre..." Ying hablaba de ella con un tono cariñoso.

"¿Tu madre? No te preocupes por ella, morirá dentro de poco. No hay razón para que te sacrifiques por ella", dijo De con firmeza. Su actitud parecía la de un juez sentenciando a muerte al acusado.

"No puedo pensar así, tal vez sea un poco débil", se excusó modestamente. "Quizás llevo las viejas costumbres muy adentro... No sé, ¿estarán dispuestos a aceptar una persona como yo? No tengo la menor capacidad ¡pero tengo tantas ganas de trabajar con ustedes!" Lo miraba intensamente; su cara triste empezaba poco a poco a iluminarse.

"Después debes hacerte fuerte. Por supuesto que te recibiremos, recibimos a todos". De se puso contento y en su cara se dibujó una sonrisa.

"Bueno, tú decídate a cambiarte a la casa de Hui. No te preocupes de tus problemas familiares. Nosotros te buscaremos trabajo". Se paró y se preparó a salir. A Ying no le quedaba más que irse también.

"Te digo, Ying, siempre me hace feliz ver a otro joven más rebelarse contra la familia, contra la sociedad", dijo bruscamente, moviendo un poco su cuerpo largo, y con una leve sonrisa de satisfacción.

De llevó a Ying afuera, diciéndole algunas palabras alentadoras por el camino. Min y Hui conversaban al pie de un

gran baniano en la plaza, frente a la entrada de la escuela. Hui se apoyaba en el tronco, su pelo negro flotando en el aire le cubría la mitad de la cara, y la blusa de algodón de cuadros azules apenas cubría la corta falda negra. De cuando en cuando se movían sus dos muñecas vigorosas. Viendo a De le envió una sonrisa distante y sus ojos brillantes parecían cortantes como el acero.

“Hui es de veras atractiva”, pensó De a pesar de él al sentir que la cara de Hui se le echaba encima. Pero en el acto se sacudió, como si quisiera borrar esa temible imagen.

Min caminaba de un lado a otro junto a Hui, y al ver a De lo llamó a voces. Ying ya se iba pero se acercó al oír la llamada de Hui.

“Hay una reunión de estudiantes mañana por la tarde, Ying. Tienes que asistir sin falta”, le dijo Hui al oído. Las mejillas de Ying se sonrojaron por la emoción y sus ojos veían unas imágenes maravillosas. Aceptó.

En la escuela sonó la hora de salida. Había terminado la última clase. En seguida salió corriendo una multitud de jóvenes estudiantes.

3

Al atardecer, Ying y Hui iban a asistir a una reunión de estudiantes. Hui no le había dicho dónde sería, y ella la seguía en silencio. Su estado de ánimo era muy extraño, pocas veces se sentía así. Eran nervios, excitación, ella misma no encontraba la palabra para describirlo.

Pasaron por un callejón y todas las calles por las que anduvieron fueron de baldosas desniveladas, a cuyos lados de vez en cuando había algunas pequeñas casas viejas. En algunas partes la hierba crecía espesa en las orillas de la calle. Apenas había cesado la lluvia y las baldosas estaban algo resbalosas, el aire aún era muy fresco, además había el olor a hierba, a árbol. Sobre uno de lichi, que sobresalía de un patio, brotaban las flores.

No había luna, sólo aquí y allá algunas estrellas, pero el cielo era muy claro. Las calles estaban en silencio, ya que

todas las que habían recorrido eran calles por las que a esta hora casi no transitaba nadie. De vez en cuando aparecía inesperadamente algún perro que corría detrás de ellas ladrando. El corazón de Ying latía furiosamente. Hui, por el contrario, no tenía miedo alguno. Su aire de calma hacía que Ying, a pesar de ella, admirara su valor.

Por fin se detuvieron ante la puerta de una vieja casa. Sus dos hojas encerraban todo lo que hubiera dentro. A los ojos de Ying esta casa no tenía nada de particular. Pero Hui tocó suavemente dos veces y las puertas se abrieron inmediatamente. La cara de un muchacho aparecía adentro.

"Hui, ¡eres tú!" El muchacho sonreía a Hui, y con sus ojos inocentes examinaba a Ying. Al ver esta cara sencilla, Ying se extrañó. Era muy joven, cuando mucho tenía quince o dieciséis años.

"Ésta es Ying, de quien te hablé", le explicó Hui al muchacho, llevando a Ying hacia adentro.

"¿Es tan joven y viene aquí con ustedes?", preguntó Ying en voz baja mientras caminaba.

"No es el más joven, ya tiene diecinueve años", dijo Hui sin poner atención. Tenía que contestar el saludo de otro joven.

Atravesaron el patio y entraron a un pequeño corredor, donde había una escalera que las llevaba al otro piso.

En los dos cuartos de arriba había mucha gente. El de enfrente, que era pequeño, tenía un balcón y algunos muebles viejos. Bastante gente estaba sentada en el piso. De ya había llegado. Ying lo vio parado en el balcón conversando con dos estudiantes.

Dejaron a Ying sentarse en una cama de madera donde estaban otras dos estudiantes, y Hui subió al balcón. En el cuarto, varios grupos hablaban en voz baja, mientras seguían varias personas y tras ellas entraba también la noche.

"¿Ming, ya no vendrá más gente?" Desde el balcón De se volteó y se dirigió a un estudiante de cara cuadrada que estaba parado en la entrada. Sin esperar a que le contestara, siguió hablando: "Si no esperamos más gente, empecemos la reunión".

“Está bien, han llegado todos”, contestó Ming. Después de agitarse ligeramente, los del cuarto posterior y los del balcón se amontonaron todos en el cuarto de enfrente. Fuera de cinco o seis personas, todos se sentaron en el piso con las piernas cruzadas. Se cerraron las puertas. Desde la mesa, los pequeños rayos de una vieja lámpara de petróleo proyectaban sobre algunas caras un tenue matiz amarillo. Todos guardaron un profundo silencio; sólo tres o cuatro tosieron sofocados. Tras un momento de silencio se oyó la voz de Ming.

Explicó el propósito de la reunión y cedió la palabra a De. De se sentó enfrente de la mesa, de espaldas a la luz. No se le veía bien la cara, pero sus palabras no se podían dejar de escuchar. Habló sin hacer pausas desde el principio hasta el fin. Su fervor lo animaba y animaba a los demás. Explicó cómo en las actuales circunstancias, los grupos juveniles debían trabajar con mayor urgencia. Sus argumentos eran especialmente convincentes en los oídos de los estudiantes y cada corazón joven empezó a latir con sus palabras.

En este círculo Ying se sentía fuera de lugar. Pero las palabras de De la atraían. Durante todo el tiempo sus ojos estuvieron fijos en él. Su cara parecía la de un águila, que sujetaba sus ojos. Dos pensamientos la preocupaban; que callara y que continuara hablando. Ella oía todas sus palabras y las asimilaba además con cuidado. Muchas le eran insostenibles, pero no podía evitar pensar: “¡Tienes razón!, ¡tienes razón!” En su recatado corazón de muchacha había una estimación exagerada por él.

No llegaba el menor ruido de la calle y por la ventana espiaba la noche. El aire dentro del cuarto estaba ya mal ventilado, mucha gente tosía sofocada, pero la voz de De fluía siempre como un río que no encontrara obstáculos. Un río que entraba en el corazón de Ying y lo limpiaba por completo de sus temores. “Mucho de lo que dice está dirigido a mí, está señalando mis errores”. Cuando oía a De hablar de que había que adoptar una actitud firme contra las viejas fuerzas, a pesar de ella estaba de acuerdo, excitada.

El río finalmente perdió su caudal. De calló y dejó que

otro joven tomara la palabra. Después habló un tercero y así sucesivamente. Todos daban informes de trabajos realizados y planes de trabajos posteriores. Ying seguía sin entenderlo todo, pero se esforzó por escuchar. Le parecía tan extraño que hubiera tantos estudiantes tan jóvenes que tuvieran semejante valor. Se los había encontrado antes, de vez en cuando, y nunca lo hubiera adivinado. Una estudiante fea, sentada a su lado, todavía agregó algunas palabras que excitaron a los grupos. Por eso cuando la presentaron a sus compañeros, a pesar suyo se sonrojó de vergüenza. Otras personas le hicieron a continuación algunas preguntas y al menos por el momento, no pudo contestar casi a ninguna.

Después terminó la reunión, abrieron las puertas, y uno tras otro se fueron dispersando. Bajaron la escalera descalzos, sin hablar. En la cara de todos los jóvenes había una expresión seria, como si cada uno hubiera recibido una misión importante que lo alejaba de allí.

Ying salió detrás de Hui. Caminaban sin prisa cuando De las alcanzó. Caminó delante de ellas, conversando con otro estudiante.

Nadie llevaba antorcha, pero el cielo gris les permitía ver el camino. Ying distribuía su atención entre hablar con Hui y mirar la espalda de De, cuya larga y delgada sombra revoloteaba sobre su cabeza como un águila, cuyas grandes alas cubrían todo lo que tenía por delante.

4

De regreso a la casa, Hui y Ying entraron al cuarto. Hui prendió la lámpara de petróleo que estaba sobre la mesa y vio que el reloj marcaba ya las doce.

“¿Qué impresión tienes de esta noche?”, preguntó Hui.

“Estoy emocionada. No puedo decir más”. Al decir esto, Ying sentía aún latir su corazón.

“¿Qué te parece De?” Hui se sentó en el borde de la cama, y sonriendo, de repente le hizo esa pregunta. Sus ojos brillantes y agudos se clavaban en Ying.

“De...” Apenas lo alcanzó a decir Yin y calló, sonro-

jándose a la vista de Hui. Bajó la cabeza y pasó un momento antes de que la volviera a levantar. "¿Por qué me preguntas eso?", interrogó sin naturalidad.

"Te veo tan tímida". Hui sonreía con malicia. Se reclinó diagonalmente sobre la cama y después, levantándose, se acercó a Ying poniéndole las manos en los hombros y con una sonrisa le dijo: "Todo el mundo dice que De odia a las mujeres, sin embargo tiene unos detalles que hacen que lo amen a pesar de ellas".

Ying, sorprendida, volvió la cara hacia Hui. Las miradas de las dos mujeres se volvieron como si fueran líneas paralelas. Ying desvió la vista hacia abajo. Su cara palideció poco a poco y no le contestó a Hui.

"Ying, lo que digo no es con intención de herirte, ¿por qué de pronto te has puesto triste?" Hui se medio recargó sobre Ying y pareció hablarle solícitamente al oído.

"Estaba pensando en lo mío, no tenía nada que ver con lo que me decías". Ying empezó a disculparse. "Mis experiencias han sido muy amargas. Mi padre es muy estricto, me trata sin el menor afecto, y mi madre se enferma a menudo, se está quedando ciega. Hasta ahora he tenido muy pocos momentos felices". La voz de Ying temblaba, parecía fluir gota a gota, como las lágrimas. La expresión de su cara era triste.

"¿Por qué hablamos de cosas pasadas? Ahora las condiciones no son las mismas. Has emprendido un nuevo camino". Hui abrazó a Ying y la calmó con suavidad, como si se tratara de su hermana menor.

"Hui, tienes suerte, has aprovechado tus propias circunstancias y tienes valor, ya te has puesto de pie. Yo aún temo no tener el valor suficiente. Todavía no sé si me podré quitar los golpes de la vida". La voz angustiada de Ying conmovió profundamente a Hui. Ying se cubrió los ojos con las manos como si temiera ver la luz de la lámpara.

Hui apretó su cara contra la de Ying, y con voz suave casi mordiéndole el oído le dijo: "Ying, no te mortifiques, la vida de nosotras las mujeres en la sociedad de hoy es demasiado amarga. Pero tenemos que luchar para recobrar

la felicidad. ¿Te has olvidado de Bi y Ping a quienes viste esta noche? Sus vidas fueron muy duras, seguramente no mejores que la tuya. Los padres de Bi murieron cuando era pequeña. Pero ahora las dos son elementos activos de la organización estudiantil”.

Ying escuchaba con atención. Se acordó de Bi y Ping. Bi era la estudiante fea que intervenía frecuentemente. Tenía los ojos pequeños y los pómulos salientes. Sus palabras apasionadas que abundaban en lógica, convencían a mucha gente. La apariencia de Ping era ordinaria, hablaba poco y la gente allí parecía respetarla mucho. Era la inquilina de la casa. Ella y un compañero alquilaban la casa a título de marido y mujer. Hui le contó que Ping había hecho muchas cosas por la organización estudiantil en el pasado. Esa noche habían cruzado algunas palabras con ella. Si no tenían más edad que ella ¿por qué eran tan diferentes?

“Yo quisiera poder hacer lo mismo que ellas”, contestó Ying haciendo un esfuerzo, tras una larga lucha interior. Parecía ver la sombra negra de aquella águila pararse en su cabeza; pero se alejó volando lentamente.

“Anímate, necesitamos que haya felicidad en nuestras vidas. Sabremos sacrificarlo todo a nuestra gran misión, hasta el sol y el aire de la mañana. Entonces, si tenemos un descanso; debemos pasarlo felices. Necesitamos felicidad”.

Ying se sentía acalorada, abrazada por Hui, y los labios de su compañera le lanzaban sin cesar el aliento caliente en la cara. Sentía la tristeza amontonada en sus entrañas empezar a subírsele a la garganta, pero de pronto se desvaneció completamente. Extendió los brazos y correspondió al abrazo de Hui.

5

La labor de la organización estudiantil se volvía cada día más intensa. Muchas noches De no dormía.

Los domingos por la tarde, la escuela quedaba silenciosa. Los estudiantes regresaban a casa o salían. Nadie venía a estorbar a De, lo que le permitía acostarse tranquilamente en su cama. El aire tibio de la primavera deja que la

gente se adormile con facilidad. Muy pronto De tiró el libro que tenía en la mano, cerró los ojos y se quedó profundamente dormido.

No soñaba nunca, pero apenas cerraba los ojos se dormía hasta que los volvía a abrir. Esta vez sin embargo, estaba un poco aturdido. Sentía algo caliente sobre su cara y un aire tibio penetrar en su boca, lo que debilitaba todo su cuerpo. Pero hizo un esfuerzo para librarse, pensando que seguramente era un sueño. Entonces abrió un poco los ojos. Una cara de mujer se pegaba a la suya. Esos labios calientes presionaban estrechamente su boca. Una fragancia asaltaba su olfato. Se sobresaltó y abrió tamaños ojos; pensaba levantarse y dijo con esfuerzo: "¿Eres tú?" Sin embargo ese cuerpo suave seguía oprimiendo el suyo. El aliento cálido trastornaba su mente. Cediendo alzó las manos y la abrazó.

La euforia hizo que De se olvidara de sí mismo. Pero después de un momento volvió lentamente en sí. La victoriosa sonrisa de Hui hería sus ojos. De repente se enfureció y empujó a Hui a un lado, él mismo se levantó de la cama y empezó irritado a dar grandes pasos por la habitación, que era demasiado pequeña, y reducía sus zancadas.

"¡Hui, eres un demonio! ¿Cómo llegaste aquí?" Se dirigía a Hui con dureza. Hui, sentada en el borde de la cama lo miraba con una sonrisa de astucia.

"Vine a ver cuán terrible es en realidad este trueno". Hui miraba el furibundo gesto de De y se sentía aún más satisfecha de su victoria.

"Yo digo que las mujeres no sirven, son todas unas egoístas. Todas merecen una paliza". De se puso rojo al regañarla.

"¡Desgraciadamente, como trueno que eres, eres sólo de apariencia, no hay mujer que te tenga miedo!", dijo Hui riéndose fríamente. "¡Ya destruí tu última línea de defensa, ja, ja!"

"La destruiste ¿y qué importa?"

"Es que detesto a los dogmáticos. Cada vez que abren la boca dicen que las mujeres no servimos, que el amor es enemigo de la revolución. Ahora entiendes tu punto débil,

¡ja, ja!", y riéndose, Hui se puso de pie, sus ojos miraban a De con una mezcla de desprecio y seducción.

De no dijo nada. Se limitó a bajar la cabeza.

"Lástima que Ying todavía te toma por un santo, un sabio inviolable". Hui, riendo, lo acosaba con sarcasmo.

"Está bien, te voy a dar la satisfacción", dijo De de repente con tono áspero; se lanzó sobre ella tomándola por la estrecha cintura y como enloquecido, cayó como una tormenta besándole la cara y los labios. La abrazaba con tal fuerza que Hui se sentía débil como nunca se sintiera.

Pasó así un rato hasta que De le soltó la mano brusca-mente, empujó a Hui hacia la cama. Dejó que Hui se cayera como cosa usada y empezó a reírse como loco.

"¡Arruinaste a Min y todavía quieres arruinarme a mí. No te temo, acuérdate que soy un trueno, un trueno!"

"¿Por qué destruí a Min? Eso fue algo en que ambos estábamos de acuerdo. Además lo de Min y yo se acabó". Hui, sentada al borde de la cama, se frotaba el cuerpo adolorido. Ya había perdido completamente el aire victorioso y arrogante. Caían lágrimas de sus ojos, pero no eran de tristeza.

Los dos pares de ojos se miraron con miradas que se volvieron como líneas paralelas. Por la expresión de sus caras parecían dos fieras que se retaban, esperando el momento para devorarse.

El tiempo pasaba en silencio. Hui todavía condescendiente habló primero.

"De, ahora sí vamos a reconciliarnos. ¿Por qué forzosamente tenemos que fingir que nos odiamos tanto, qué ganamos con eso?"

"Pero..." De parecía resistirse aún y bajó la vista para no mirarla. "Nuestra misión ha sido perjudicada ya varias veces por ustedes las mujeres con su «amor». Ahora volviste a... te has apoderado de Min y otros para entretenerte. Pero yo no soy como Min". Se esforzaba por encontrar en su memoria inconvenientes contra las mujeres, sobre todo contra Hui y pensaba usarlas como armas en su propia defensa.

“Esto no es culpa nuestra, todos tenemos que aceptar una parte de la responsabilidad”. Hui replicó suavemente. “La naturaleza nos dio un instinto, un deseo, por lo tanto tenemos derecho a satisfacerlo. En su autobiografía, Emma Goldman no dejó de detallar muchas relaciones amorosas. Mis opiniones y mi conducta no difieren de las de ella”.

Emma Goldman era la revolucionaria adorada por De, quien ya había leído los dos grandes tomos de su autobiografía. En ella había hasta cosas como ésta: en su juventud, una vez salió a la calle a prostituirse por la causa. Hui era realmente lista. Conocía las debilidades de De. Una vez mencionado el nombre de Emma Goldman, De ya no podía alegar más, y efectivamente, ya no encontró palabras para refutar a Hui.

Toda su conducta estaba bien fundamentada. Al final de cuentas, era una camarada valiente. Esa amada cara redonda, el pelo negro suelto y amontonado sobre la mejilla derecha, los ojos brillantes, los labios llenos, los brazos vigorosos de color, todo hacía que cada uno de los muchachos se enamoraran de ella y ahora voluntariamente se entregaba a él. También era un hombre joven. No podía seguirse negando con obstinación.

6

Esa noche, durante una asamblea, De encontró a Min y varias veces durante la conversación se sonrojó. Después, a propósito de algún problema, Min volvió a discutir con De como si disputaran. De sospechaba que Min buscaba discutir con él a propósito.

Terminada la asamblea, De fue el primero en salir y Min lo llamó:

“De, espérame, tengo algo que decirte”. Su actitud era sincera.

De pensaba que Min seguramente le hablaría del asunto de Hui, y no tenía ganas de oír hablar de eso. Pero aceptó.

Ambos caminaban por la calle silenciosa y Min iluminaba el camino con una lámpara de mano. De iba muy cerca

de Min y aunque no le veía la cara, oía su respiración apresurada.

"De, ¿por qué no has venido a dormir a mi casa estos días?", preguntó Min con voz sofocada.

"No tengo tiempo", contestó De cortante.

"Esto es mentira. ¡Se qué es una mentira!", rebatió Min temblando. "Si no vienes es porque no estás contento conmigo por causa de Hui". De oía sus palabras y era como si sintiera el palpitar de su corazón.

"Si lo sabes, no hay para qué hablar". De sólo temía que Min volviera a hablar del asunto de Hui, y pensaba callarlo con estas palabras.

"De, ahora te estoy hablando con sinceridad. No puedo engañarte más. Yo ya tuve relaciones con Hui". Al decir esto, la voz de Min temblaba aún con más fuerza, la emoción lo exaltaba y parecía desear enterarlo de todo para que lo viera De.

De se sintió incómodo. No se imaginaba que Min tomara esta actitud hacia él. Por supuesto, Min no sabía su relación con Hui. ¿Pero, podía él siempre engañar a Min? No encontraba las palabras adecuadas. Por primera vez se sentía indeciso.

"Tal vez esto no sea lo correcto, todos ustedes están trabajando duramente, mientras yo desperdicio el tiempo en el amor. Me siento muy apenado. Parece que por esto todos me desprecian", dijo Min con tono sincero hasta compungido.

La actitud de Min conmovió a De. Creyó deber consolarlo. Pero en seguida otra idea se apoderó de él. Pensó que Min quizás lo estuviera probando a propósito, que Min tal vez ya supiera su relación con Hui. Entonces sus palabras serían completamente inútiles. No pudo decir otra cosa, sólo repitió varias veces "No", para hacer patente que nadie lo menospreciaba.

"En estos días Hui se ha vuelto fría conmigo, no sé por qué. Hace mucho que me tiene prendido el corazón. Me parece que no podría vivir lejos de ella. Seguramente se ha enamorado de otro, quizás se esté burlando de mí. Pero si la dejas no podré seguir viviendo. De, ayúdame". La voz de

Min siguió temblando, acompañada por el viento entre las hojas. No muy lejos ladraban dos perros. La oscuridad envolvía la calle dormida, sólo la lámpara de mano mantenía un pequeño círculo de luz que iluminaba los pasos de los dos hombres. Sobre este fondo desolado como el desierto, el joven preocupado por el amor parecía aún más digno de compasión.

“¡Min, qué ideas son éstas! ¡Cómo eres capaz de hablar así! ¡Idiota! ¿No te da vergüenza?” De se quedó perplejo ante tantas ideas molestas y justo cuando se daba cuenta que no las podría conciliar oyó las últimas palabras de Min que lo enojaron, hizo un esfuerzo por librarse de la mañana. Comenzó a regañar a Min pero en sus palabras no había odio sino preocupación. “Todo esto es inmadurez, no puedo ayudarte”.

“No puedes comprenderme. No me entiendes”, dijo Min moviendo la cabeza y suspirando, al oír la respuesta inesperada de De. Después, con la mano temblorosa tomó el hombro de De y lo sacudió repetidas veces: “De, vete y busca a Hui, vete, ¡tienes que ir!”

“Min, no te hagas el tonto. Si sigues así no te acompaño más”. De volvió a irritarse. Ya no soportaba escuchar a Min en silencio. Parecía ver la cara de Hui en la oscuridad diciéndole: “El asunto entre Min y yo ha terminado”. ¿Debería callarle esto a Min? ¿Decirle lo de Hui y él? Agobiado por estos pensamientos, se sentía como en un suplicio.

“De, tienes que ir y decirle que... mi corazón late con tanta violencia, quiero que venga... la necesito”. Min suplicaba enloquecido. Como antes, tenía el hombro de De estrechamente en la mano.

Al principio De no contestaba, luego se apoderó de él una idea violenta y de repente sacudió el cuerpo y arrancó la mano de Min. “¡Qué estúpido eres! ¡Hasta mañana!” Dijo estas palabras secamente y se alejó a grandes pasos entre la oscuridad dejando atrás a Min.

Min lo siguió para alcanzarlo pero De apretó el paso. En la confluencia de tres calles Min casi alcanzó a De, cuando una mano lo tomó por la cintura y lo detuvo.

“¿A dónde va?”, le preguntó con aspereza un soldado junto a él.

“Vuelvo a mi casa; la calle X”. Con la lámpara de mano, Min iluminaba la cara del militar. Era una cara flaca, amarilla y triangular.

“¡Dame la lámpara!”, ordenó el soldado aún más ásperamente.

“No se la voy a dar. Es mía”.

“Dámela”, ordenó obstinado el militar.

“No se la doy, ¡no tiene el derecho de darme órdenes a mí!” Min se resistía con dignidad.

“¿No te da miedo?” El soldado apretó la pistola contra su pecho.

“Está bien, tome”. Min sabía que la resistencia era inútil; entregó la lámpara al soldado y se volvió para retirarse.

“¡No! ¡No se puede ir!”, gritó el militar tomando la lámpara e iluminando la cara de Min.

“¿Ya le di la lámpara y todavía no me puedo ir?”, preguntó forzando el tono de voz calmado, pero que no podía ocultar su temblor.

“No, te voy a registrar”.

El miedo agobiaba a Min, sabía que llevaba documentos que no debía ver el soldado y trataba de pensar en cómo esconderlos.

Viendo que Min no le contestaba, el soldado empezó a registrarlo. Min se preparaba para resistir. Justo en el momento oportuno, algo tronó sobre la cabeza del militar. Su cuerpo cayó hacia un lado y detrás aparecía una sombra larga y flaca.

“¡De, tú...!”, le gritó Min, feliz.

“Min, regresa. Déjame, yo me encargo de esto. Soy más fuerte que tú”. La voz de De alborotaba la noche silenciosa. Al mismo tiempo que le quitaba la pistola, Min detrás asía la mano del soldado.

“Min, ¡lárgate! Los documentos que llevas son importantes”, ordenó De otra vez a gritos. Después empezó una lucha violenta.

7

Al otro día cundió una noticia importante por la ciudad: un joven de otra provincia había matado a un soldado y le había quitado la pistola, después lo habían apresado otros soldados y lo habían fusilado esa misma noche.

El cadáver estaba expuesto en la puerta de una casa vieja, donde no vivía nadie, una casa conocida como lugar donde espantaban. Decían que al joven lo habían matado allí mismo.

Mucha gente rodeaba el cadáver para mirarlo. Cuando lo había visto bien, se iba satisfecha, dejando a los que llegaban abrirse paso. Los soldados resguardaban el cuerpo para que sirviera de señuelo para dar con los partidarios del muerto. Pero esperaron un día entero sin tener rastro alguno. Después lo enterraron. ¿Qué clase de hombre era el muerto?, ¿cómo se llamaba? Nada se sabía.

En realidad, muchos de los amigos de De habían ido a verlo. Hui y Ying, fueron varias veces y cada vez habían partido con lágrimas en los ojos, pero los soldados no lo habían notado.

La última vez, al regresar a la casa, Ying, incapaz de ocultar más, se echó sobre la cama, hundiendo la cara en una almohada, y se abandonó al llanto.

Hui no lloraba, caminaba dentro del cuarto. Los sollozos de Ying entristecían hasta el aire dentro de la habitación. El silencio agobia a la gente. Los sollozos fueron atravesando poco a poco el corazón de Hui. Fue a sentarse en la orilla de la cama y frotando los hombros de Ying sacudidos por los sollozos, intentó consolarla.

“No llores, Ying. ¿No oíste lo que dijo Min, por qué murió De? Fue algo glorioso. No hay razón para acongojarte por él”.

“Pero De ya no puede volver a vivir”, dijo sofocada.

“¡Todavía tenemos otros hombres! Muerto un De, habrá muchos que vengan a continuar su obra. Esto no puede considerarse una gran pérdida”. Al decir esto Hui misma sabía

que se estaba forzando y contenía la voz todo lo que podía. No quería dejarse llevar por la menor emoción.

"¿Esto no es una pérdida?", interrogó Ying llorando como una niña chiquita. "¡Tú no sabes, no lo querías, no le hacías el menor caso, no conocías sus cualidades!"

Estas palabras, volvieron a agitar el corazón de Hui que de repente se puso de pie. Era como si se le apareciera enfrente, como un águila, la cara de De. Sus dos ojos como rayos, sus muñecas de acero, su corazón ardiente como una brasa ahora ya no existían. Y todavía decía que no era una pérdida. No podía engañarse tanto a sí misma.

"Ahora que ha muerto, te puedo decir algo. Yo lo amaba... Yo lo amaba, pero murió sin saberlo. Era mi luz, pero una tormenta lo ha extinguido. Su muerte fue tan terrible, y nosotras no nos atrevemos a hacer más que llorar unas lágrimas a escondidas entre la muchedumbre", dijo Ying entre sollozos y otra vez, acongojada, se echó a llorar.

Hui se quedó a medio cuarto, mirando atónita el gran retrato de Emma Goldman colgado en la pared. Pensaba darse ánimos para resistir las lamentaciones de Ying, con la cara resuelta y valiente de aquella revolucionaria. Hizo un esfuerzo para pensar en algo más lejano, pero fue inútil. Finalmente, como si estuviera hablando sola, dijo: "¿De, no te dije que nuestras vidas no iban a durar mucho? Ahora sí estamos reconciliados para siempre. Tus truenos ya no pueden descargarse sobre mi cabeza. ¡Tus truenos, eran realmente fuertes!"

Al callar, se dio cuenta que su voz era muy áspera. De repente el sentimiento que traía en el cuerpo se desbordó, parecía quererle desbocar y ya no pudo más. Apresuradamente se acercó a la cama, e inclinándose sobre Ying, le dijo al oído:

"Ying, mi tristeza es tan grande como la tuya. Yo lo amaba también, hace mucho que me enamoré de él".